MAYO DE 1968: NI CELEBRACIÓN NI CONMEMORACIÓN Philippe Maxence

1. Guerra de palabras

En la ocasión del centenario del nacimiento del escritor y pensador nacionalistas Charles Maurras, cuyo nombre ha sido retirado por la ministra de Cultura, Françoise Nyssen, del Libro de la Conmemoraciones Nacionales de 2018, se desencadenó rápidamente una guerra de palabras (1). ¿Es conmemorar celebrar o rendir homenaje a una persona u obra? La respuesta ha distado de ser unánime, ni de parte de los historiadores ni de la de los lingüistas. A decir verdad, no puede serlo en una República ideologizada, cuya acta de nacimiento descansa en el rechazo de lo real y en la reescritura permanente de lo que son el hombre y la sociedad.

Pero, se nos dirá, ¿por qué volver a esa querella? Simplemente para subrayar que, trátese de conmemorar, en el simple sentido de recordar, o de celebrar, en el de homenajear, también nosotros nos abstenemos de ambos a propósito de otro aniversario: el de la Revolución de mayo de 1968.

2. Guerra de males

Cincuenta años después, la constatación es, efectivamente, doble. La literatura sobre los acontecimientos de mayo del 68 es abundante. Los recuerdos se aproximan con los análisis, los «excombatientes» con los intentos de balance. Pero, cualquiera que sea la calidad intrínseca de estas obras, parece que siguen sin lograr aprehender el carácter ambivalente de

⁽¹⁾ Véase, por ejemplo, «"Commémorer" Charles Maurras, est-ce "célébrer" l'auteur?», en *Le Figaro* (París), de 31 de enero de 2018.

mayo de 1968. La Revolución de la que Daniel Cohn-Bendit y sus camaradas fueron actores tiene, en efecto, como una moneda, dos caras.

La primera, la más visible, es la contestación del orden burgués de fines de los años sesenta, por jóvenes procedentes generalmente de las clases sociales pudientes, en el contexto de la sociedad de la abundancia. Sobre el asunto todo está dicho y escrito.

Trabajados previamente por las ideas revolucionarias, liberados del riesgo de morir a corto plazo (la guerra de Argelia había concluido oficialmente en 1962 y la guerra fría había engendrado el síndrome «antes rojos que muertos»), querían acabar con el yugo de sus mayores. Si aspiraban a una revolución de tipo marxista –la unión de «Marx, Mao y Marcuse» destacada por Marcel Clément en su libro *El comunismo frente a Dios* (2)–, llevaban también en sí, por lo menos en el fondo, aspiraciones justas: una vuelta a la vida social menos convencional y más auténtica, un rechazo de la sociedad de consumo y de la reducción del hombre a la máquina, la contestación de una moralidad sin finalidad, etc. Creían poner en tela de juicio el viejo mundo cristiano, cuando en realidad rechazaban un orden kantiano surgido derechamente de la Ilustración.

3. El ángulo muerto

Este último punto, verdadero ángulo muerto de mayo del 68, constituye la cruz de esta mala moneda. Y explica sobre todo la posteridad de estos acontecimientos. La unidad ideológica de la Revolución (el cuestionamiento del orden natural y divino en sus encarnaciones humanas) es tal que, una vez enviada al baúl de los recuerdos la vieja férula de la lectura marxista, las consecuencias culturales de 1968 podían ser recuperadas para el gran conjunto liberal y mundialista. El libertario sesentayochista, al envejecer, ha perdido

⁽²⁾ Cfr. Marcel Clément, Le communisme face à Dieu. Marx, Mao, Marcuse, París, Nouvelles Éditions Latines, 1972. (Hay una versión castellana: El comunismo frente a Dios. Marx, Mao, Marcuse, Madrid, Speiro, 1974).

parte de su acné marxistizante, para ponerse el traje liberal. No hay necesidad de complot alguno ni de nadie que mueva los hilos. Simplemente, la sucesión lógica de las cadenas ideológicas. Mayo del 68 es, en el fondo, la fase tardía y la aceleración febril de la modernidad, concebida esencialmente como un cuestionamiento permanente del orden natural y cristiano.

4. Un mundo humano y cristiano que reconstruir

Los contrarios a mayo de 1968, a menudo antiguos revolucionarios, son hoy bastante numerosos. Estos nuevos conservadores, como ellos mismos se hacen llamar a menudo, se encuentran paradójicamente en una situación cercana a la de sus antepasados hace cincuenta años. Aspiran en parte a cosas justas. Pero donde los sesentayochistas contestaban de hecho la moral kantiana surgida de las Luces, creyendo cuestionar la moral cristiana (y Dios con ella), ellos quieren conservar esta última pero en el cuadro nacido de la modernidad. Se corre el riesgo de que el callejón sin salida, aunque de diferente género, sea el mismo.

Cristianos, lo sabemos: las puertas del infierno no prevalecerán contra la Iglesia. La esperanza es, pues, cristiana. Ya en 1952 Pío XII había indicado el camino: «Hay que rehacer todo el mundo desde sus cimientos; es necesario transformarlo de salvaje en humano, de humano en divino» (3).

¿Lo creemos? Y, creyéndolo, ¿lo queremos?

⁽³⁾ Pío XII, «Exhortación Pontificia por un mundo mejor» (10-11-1952), en *Discorsi e radiomessaggi*, vol. 13 (1951-1952), pág. 471